# CAPITULO XXVII.

Luis Napoleon en Londres.—La revolucion francesa.—Discusiones que se suscitaron en Francia respecto á la conveniencia de permitir la vuelta del príncipe Luis.—Es elegido miembro de las nuevas cámaras parlamentarias.—Se le proclama presidente de la República.

El período transcurrido desde la fuga del prisionero de Ham hasta su vuelta á Francia con todos los derechos que le correspondian como ciudadano, fué sumamente Corto, y durante él vivió en Londres disfrutando de los placeres, sin que ocurriera entonces en su vida ningun acontecimiento digno de referir.

En el año 1848 estalló la revolucion francesa, seguida de otras muchas en Europa, lo cual era mas que suficiente para que reinase en todas partes una profunda agitacion. Luis Felipe fué el primer soberano cuyo trono se hundió en medio del gran cataclismo, pero no entraremos aqui en los detalles de su caida, arto conocidos por lo general, limitándonos á decir que en el mes de Febrero de dicho año huyó de Francia mientras que el pueblo proclamaba la república.

Luis Napoleon, que habia trabajado inutilmente en un principio para que se le permitiera volver á Paris, obtuvo al fin, no solo los derechos de ciudadano francés, sino la influencia de un emperador, pe-



ro antes de narrar los hechos que dieron lugar á semejante resultado, referiremos algunos pormenores de la vida del príncipe en Londres, debiendo advertir que nos ha facilitado los datos una persona de reconocida autoridad que vivia por entonces en Manchester.

En el mes de Enero de 1848, Luis Napoleon se alojó en una humilde casa de huéspedes que habia en una calle muy retirada, y residia allí, cuando en 10 de Abril alarmó á la poblacion de Londres la noticia de que los Cartistas á las órdenes de Fergus O'connor, se estaban reuniendo en Kennington con el objeto de incendiar á Londres. El Gobierno reclamó el auxilio de los habitantes, y entre los que se presentaron voluntariamente para mantener la paz y el órden, fué uno de ellos Luis Napoleon, el cual tomó, con aquel motivo el nombre de Rouher.

Algunos dias antes del 10 de Abril habian llevado á la casa donde habitaba el príncipe una carta para este, pero al recibirla la patrona, y como viese que en el sobre decia: *Servicio de S. M.—Al príncipe Cárlos Luis Napoleon Bonaparte,* devolviósela al cartero diciéndole que alli no vivia semejante personage, pues solo tenia un huesped cuyo nombre era Mr. Rouher.

Semejante observacion no satisfizo, sin embargo, al celoso funcionario, y persuadido de que no equivocaba las señas, rogó á la patrona que preguntase al estrangero, para mayor seguridad, si era la carta para él.

La buena muger entró el cuarto de Napoleon precisamente cuando estaba almorzando, y habiéndole preguntado si conocia á la persona á quien iba dirigida la carta, tomóla el príncipe, y despues de contestar que era para él, abriola sin decir mas palabra y comenzó á leerla tranquilamente. Cuando la patrona supo quien era su huesped, y aun cuando este la debia dinero, como quiera que habia hablado varias veces contra Napoleon, acusándole de perturbador del órden y de revolucionario, apresuróse á escusarse con el príncipe, rogándole que la dispensára por haber dejado escapar algunas frases que podian ofenderle. De aquí siguió una conversacion muy animada, en la cual refirió el desterrado la historia de su vida, escitando cada vez mas las simpatías de la buena señora, que se interesó verdaderamente por

su huesped. Este la dijo entre otras cosas que algun dia, no muy lejano, pensaba volver en Francia, donde le esperaban los honores y las riquezas, y que entónces la pagaria todo cuanto la debiese, con un crecido interés; añadió que no permaneceria mucho tiempo en Inglaterra, y que si le permitia vivir en la casa hasta su marcha, no olvidaria jamás su bondad cuando se hallase en el poder, y terminó diciendo que iba á recibir una letra y que entónces podria pagarla todo, pero que si en vez de tomar su dinero se lo prestaba para emplearlo en otra cosa, le quedaria infinitamente agradecido.

La buena señora contestó que aun cuando estaba muy apurada no tenia inconveniente en acceder á su peticion ,si tan necesaria le era la cantidad que debia pagar por su hospedaje; entonces el príncipe, despues de rogar á su patrona que no divulgase el secreto de su nombre, sacó del bolsillo una pieza de cincuenta céntimos y se la dió diciéndola, que si alguna vez llegaba á verse en un apuro, del cual pudiera sacarla él, seria admitida inmediatamente á su presencia presentando la moneda.

Pocos dias despues de esta conversacion, el principe Luis cambió completamente: presentábase mucho mejor vestido, y su mirada no espresaba como antes el abatimiento y la tristeza, y cierta noche causó una verdadera sorpresa á su patrona al decirla que habia alquilado la casa de Lord C ...., situada en la calle de San Jaime, y que si queria cerrar su casa de huéspedes, la tomaria como ama de gobierno. Al dia siguiente, aquella honrada muger se instaló en su nuevo y aristocrático domicilio, en el cual no recibia el príncipe mas visitas de importancia que algunos estrangeros. Al poco tiempo, salió cierta mañana Luis Napoleon, segun costumbre, pero volvió al cabo de media hora, agitado y casi sin aliento, y dijo á su ama de gobierno que dentro de tres horas debia salir para Francia, donde le llamaba su destino. Sin detenerse un momento, arregló su equipage, y al abandonar la casa, despidiose afectuosamente de su amiga, la cual le dijo que por su parte se iba á Manchester, donde pensaba vivir con unos amigos de su familia.

Efectivamente, al salir de Londres, la pobre muger marchó directamente á dicha ciudad, y una vez allí, entristecida y lamentando su



suerte, vivió retirada con sus escasos medios, hasta que al fin llegó un dia en que le faltaron los recursos para atender á su subsistencia. En vista de esto, tres meses despues del famoso *golpe de Estado*, escribió á Napoleon, rogándole que pagase la cantidad que la debia, porque se hallaba casi á las puertas de la miseria, y recordando al mismo tiempo que no habia querido molestarle hasta entonces, por ignorar si estaba en situacion de satisfacer su deuda. Como quiera que no recibiese contestacion á su carta, la buena mujer volvió á escribir; mas no obtuvo tampoco respuesta alguna, y entonces, justamente enojada, y recordando las promesas de su huesped, comenzo á sospechar que se la habia engañado. Sin embargo, no quiso desistir de su reclamacion; consultó con varias personas para que la dijeran que convendria hacer, y habiéndosela aconsejado que volviera á escribir y que franqueára la carta, incluyendo la moneda de cincuenta céntimos que la habia dado su deudor, hízolo asi, y esperó impaciente el resultado. Aquella vez debió llegar la misiva á manos de Napoleon, ó cuando menos á las de alguno que tuvo la cortesia de acusar el recibo de la carta y la moneda, pues se obtuvo á poco la siguiente contestacion:

«Señora: el príncipe Presidente ha recibido la carta en la cual incluís la moneda de cincuenta céntimos que os dió en Londres como recuerdo.

S. A. se complace en daros las mas espresivas gracias por vuestra atencion, pero deseoso de espresaros su profundo agradecimiento, y no queriendo privaros de un recuerdo, sagrado para él, me encarga que os devuelva la moneda.

«Aceptad, señora, las seguridades de mi mas distinguida consideracion.»

Al recibir semejante respuesta, llegó á su colmo el enojo de la pobre muger, mas luego reflexionó que debia haber en todo aquello alguna equivocacion, ó que acaso no habria recibido la carta el Emperador ni contestado á ella, sino alguna persona encargada de la correspondencia.

Algunos meses despues de esto, la antigua patrona del príncipe Luis se vió sumida en la mayor miseria, y en medio de su desespera-

cion, refirió á un caballero á quien conocia cuanto la estaba pasando, diciéndole entre otras cosas que confiaba en la palabra de su deudor, y que si pudiera verle, no dudaba de obtener un buen resultado. Despues de informarse aquel de si era cierto el hecho, ofreció á la muger la cantidad necesaria para trasladarse á Paris, prometiendo no reclamar la devolucion, sino en el caso de que la acreedora pudiese cobrar la cantidad que se la debia, y aceptada aquella proposicion tan generosa, la infeliz muger se embarcó inmediatamente para trasladarse á Paris.

No entraremos aqui en minuciosos pormenores: baste decir que al llegar la viagera á la bulliciosa capital, sin conocer á nadie ni comprender el idioma, hubo de luchar con infinitas dificultades antes de conseguir que se la permitiera entrar en palacio, y solo merced á la casualidad de haberse interesado por ella un alto funcionario, á quien refirió su estraña historia, pudo ser admitida á presencia de Napoleon, el cual la recibió abrazándola afectuosamente y asegurando que no habia olvidado su generosidad cuando era su patrona en Londres. Despues de esto, el soberano manifestó el mayor interés en saber cual era la situacion de su amiga, insistiendo en que le refiriese cuanto la hubiese pasado desde su separacion, y al oir que le habia escrito tres cartas, sin recibir contestacion mas que á la tercera, declaró formalmente que no tenia conocimiento del hecho, y que pensaba con frecuencia en su protectora; pero como ignoraba su paradero, y no recibia noticias de ella, habia perdido la esperanza de volver á verla para tener el gusto de darle una prueba de su afecto y profundo reconocimiento.

El resto de la historia es fácil de adivinar: á instancias de Napoleon, la inglesa, que hacia una semana estaba en Paris, consintió en quedarse quince dias mas á fin de presenciar la ceremonia del casamiento de aquel con la condesa de Teba, pero antes de esto, el Emperador condujo á su amiga á Saint Cloud y se la presentó á Eugenia, manifestándola que aquella señora habia sido para él una segunda madre durante los últimos dias de su destierro. Inútil parece decir que la buena anciana apenas podia volver de su asombro al contemplar tanto esplendor y magnificencia, pero aun cuando Napoleon la rogó que



se quedase en Francia, manifestole la inglesa, que no conociendo el pais ni el idioma, preferia volver á Manchester, y en efecto, á los pocos dias se despidió afectuosamente de Napoleon y de Eugenia, y se puso en camino feliz y contenta, porque ya no era pobre y contaba con medios mas que bastantes para titularse una señora independiente.

Hemos citado este hecho porque no deja de ofrecer interes en la vida privada de Napoleon, y ahora vamos á referir los pormenores de su historia, antes de revestirse con la dignidad imperial.

El Gobierno de Luis Felipe cayó en Febrero de 1848: el 22 debian celebrar un gran banquete los que deseaban cambiar aquel estado de cosas, pero en la noche del 21, una órden del prefecto de policia prohibió que se reuniesen los convidados, resultando de aquí la revolucion que estalló el 22, y la formacion de un gobierno provisional que se estableció el 23, proclamandose acto continuo la república democratica.

Este suceso notable contribuyó poderosamente á que Luis Napoleon volviese á Francia, y como era natural, prefirió ir á establecerse en Paris porque le convenia sobre todo ser elegido representante de la nacion. Esto sucedia el 8 de Octubre, y el dia 11, la Asamblea aprobó el siguiente acuerdo: «Queda derogada la sesta clausula de la ley de 10 de Abril de 1832, relativa al destierro de la familia Bonaparte.» En el mismo dia, entabláronse acalorados debates acerca de la eleccion de Presidente de la república, y se suscitaron cuestiones sobre quien seria elegible, habiendose propuesto entre otras cosas que se excluyera para dicho cargo á los miembros de todas las familias que hubiesen reinado en Francia. El tiro era directo contra Luis Napoleon, pero este presentó luego un notable manifiesto en el cual esponia que no aspiraba de ningun modo al trono de Francia, y con frases de fingida inocencia y generoso patriotismo, hacia ver que para él era suficiente recompensa que se le permitiese residir en el país como ciudadano y que á esto se limitaba toda su ambicion. Este escrito produjo el mejor efecto y bastó para desarmar á sus adversarios, granjeandose al mismo tiempo las simpatías de todos, y á consecuencia de esto no fué aprobada la proposicion citada antes.

El dia 25 de Octubre, hallándose ausente el príncipe Luis, uno de sus colegas le acusó de ambicionar el cargo de Presidente de la

República, acusacion que refutó con singular elocuencia Gerónimo Bonaparte, pero al dia siguiente presentóse Napoleon y pronunció un discurso que escuchó admirada la Asamblea, y en el cual se sinceraba de ciertos cargos que se le hicieron por haberse abstenido de votar en algunas cuestiones. He aqui ahora el discurso que pronunció el príncipe en medio del mas religioso silencio:

«Ciudadanos representantes: el desagradable incidente que tuvo ayer lugar en la Asamblea al tratarse de mí, me obliga á dirigiros la palabra. Deploro profundamente verme en la precision de hablar de mí, porque me enoja el que se promuevan contínuamente en la Asamblea cuestiones personales cuando no se debe perder un momento en atender á los graves intereses del país. No hablaré aquí de mis sentimientos ó de mis opiniones, pues harto conoceis cuales son estas, y nadie ha podido dudar hasta aquí de mi palabra; en cuanto á mí conducta parlamentaria, como nunca me tomo la libertad de preguntar á mis cólegas cuales son sus ideas, no reconozco en ninguno el derecho de cuestionarme acerca de las mias, ni de interpretar tampoco mis actos. Basta que de cuenta de ellos á mis constituyentes, los únicos que pueden pedirme una esplicacion.

«¿De qué se me acusa? ¿será acaso de aceptar del pueblo un cargo que no solicito, pero que no por eso me honra menos? Lo he aceptado porque tres elecciones sucesivas, y el decreto unánime de la Asamblea, levantando el destierro de mi familia, me autorizan á creer que Francia me considera suficientemente apto para contribuir á consolidar el edificio social, minado hasta sus últimos cimientos, asegurando la prosperidad de la república. ¡Cuán poco conocen los sentimientos de mi corazon los que me acusan de ser ambicioso! Si un deber sagrado no me detuviera aquí, si las simpatías de mis conciudadanos no me consoláran al ver la animosidad con que se me dirigen ciertos ataques, y si no oyera que algunos salen generosamente á mi defensa, hace ya tiempo que echaria de menos el destierro. Señores, tened presente que se me vitupera porque guardo silencio.

«No son discursos lo que necesitamos aquí; lo mas urgente es constituir un gobierno sabio y enérgico que piense mas en remediar los males de la sociedad que en vengarlos; un gobierno que adopte resueltamente las ideas verdaderas y racionales para rechazar con ellas, y no con la punta de las bayonetas, esas teorías que no están basadas sobre la esperiencia ó la razon. No se me ocultan los esfuerzos que se hacen para precipitarme por un camino sembrado de abismos y de escollos, pero os aseguro *que no caeré en ninguno de ellos*, pues fiel á mis opiniones, seguiré con ánimo tranquilo por la senda que me he trazado, sin apartarme de ella ni un ápice, sin que nada baste para olvidar mis deberes. No tengo mas que un objeto, que es el de merecer el aprecio de la Asamblea y el de todos mis conciudadanos, y por lo tanto debo anunciar á todos los que han organizado un sistema de provocaciones contra mí, que no contestaré á los irritantes discursos que se pronuncien con el objeto de hacerme hablar cuando mi deseo es guardar silencio. Fuerte con mi derecho y la rectitud de mi conciencia, no haré aprecio de injustificados ataques y permaneceré impasible ante las indignas calumnias que puedan lanzarse contra mí.»



El dia cuatro de Noviembre fué aprobada la Constitucion, y el doce se proclamó en la plaza de la Concordia, procediéndose luego á su lectura en todos los departamentos de Francia.

Como era de esperar, llegó bien pronto el momento de elegir Presidente de la República: Ledru Rollin, gefe del partido democrático, era uno de los candidatos; los socialistas avanzados eligieron para el suyo á Raspail; las clases obreras de Paris y de las grandes provincias, preferian á Luis Blanc, y el partido republicano, aunque muy poderoso, no estaba muy unido, pues una fraccion optaba por Lamartin y la otra por el General Cavaignac. Estas divisiones favorecieron á Luis Napoleon, de tal modo que aumentó el número de sus partidarios, dando esto lugar á que mientras Lamartíe y Cavaignac solo contaban con la clase mas respetable de Francia, Luis Napoleon se vió apoyado por el ejército, el clero, y el pueblo. Antes de que llegase el momento en que debia resolverse la gran cuestion, el príncipe Luis publicó un manifiesto que reproducimos integro, no solo porque es un documento notable por todos conceptos sino porque tendremos que referirnos á el varias veces. He aquí su contenido: